

Los modestos rascacielos españoles y el proyecto de Banco Sobrinos de Pastor, en La Coruña

Las ciudades españolas quieren tener sus rascacielos, diminutos comparados con los norteamericanos; pero gigantescos si los relacionamos con nuestro tipo de casa de cuatro o cinco pisos. La necesidad de su construcción no está muy probada, pues la vida comercial española anda lejos de alcanzar ese grado de intensidad y concentración que ha creado los edificios de colosales dimensiones verticales.

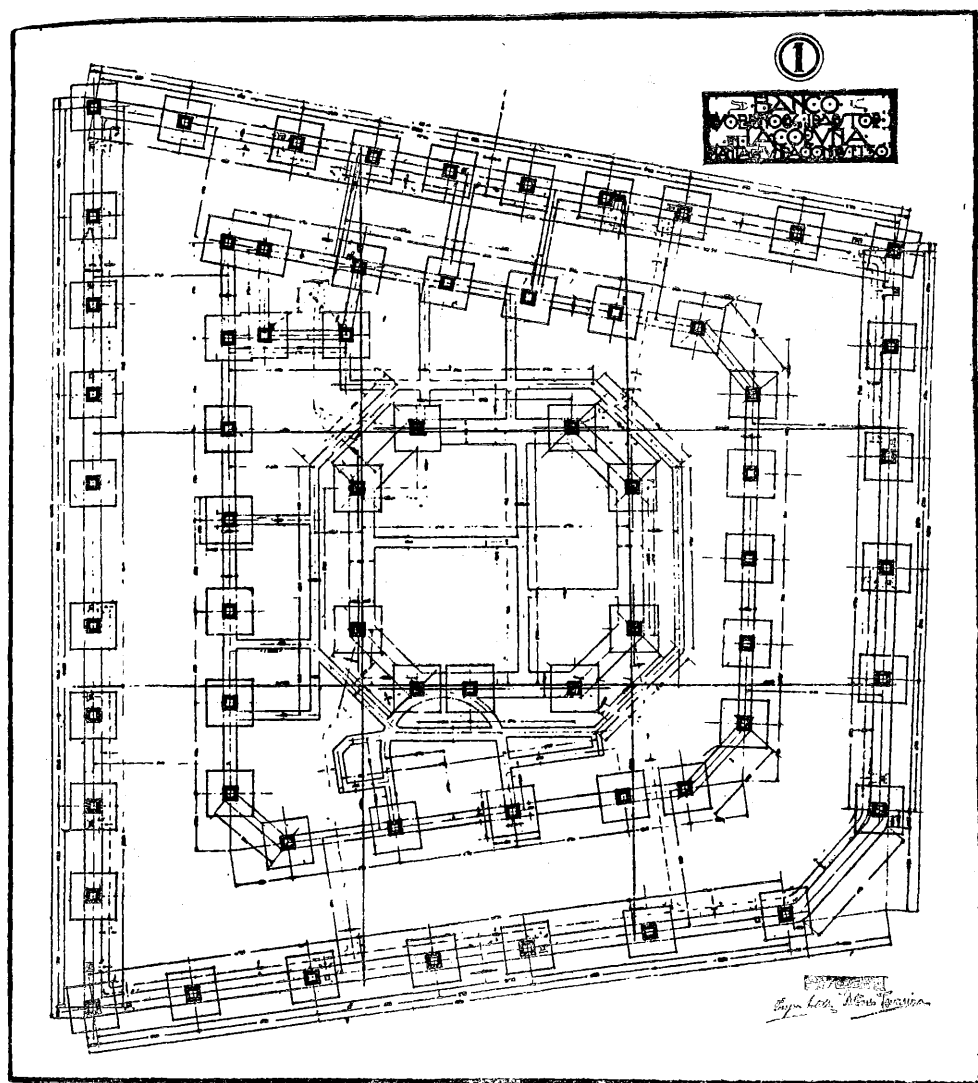
Pero no es gran pecado que lo que los americanos hacen por necesidad lo hagamos nosotros por lujo, esnobismo o reclamo comercial, y que las grandes empresas financieras o industriales, en cuyas arcas reside hoy el máximo poder, se den el gusto de alzar monumentos de treinta metros de altura que aplasten las flechas y torres de los templos, únicos y agudos hitos hasta ahora dominadores de la ciudad pintoresca de tejados y bohardillas.

* * *

Madrid, con su llamada Gran Vía, dió el ejemplo en la construcción de altos edificios. Barcelona seguramente los hará en breve plazo más vastos y elevados; en Bilbao proyecta un bloque de rascacielos Zuazo Ugalde, concesión tal vez al *bilbainismo* de los ciudadanos de la gran urbe; Tenreiro y Estellés construyen éste de La Coruña, que allí, donde todas las casas son de modesta altura, va a semejar con sus diez pisos un faro colosal. Vigo, la ciudad gallega más moderna y próspera, no querrá que el edificio más alto de la región se eleve en sitio lejano de las orillas de su bahía, y no tardará mucho en edificar uno que, por lo menos, tenga dos pisos más que el de La Coruña. Y estas capitales interiores — Palencia, Zamora, Valladolid, Albacete, Badajoz... —, ¿por qué no han de creerse un poco Nueva York o Chicago, ostentando una casa siquiera de veinticinco metros de altura, que contribuya al prestigio provinciano y cuyo dueño pueda envanecerse en el Casino de poseer la edificación más alta de la región?

Como productos artificiales, obras improvisadas de la moda y de la opulencia, sin justificada razón de existencia, las altas casas que se construyen entre nosotros parecen edificaciones exóticas caídas, o más bien arrojadas, de un lejano continente a nuestro ambiente urbano. Mucho se ha dicho, pero conviene repetir, que no puede darse ejemplo de desafinación más grande que el de la flamante avenida madrileña del Conde de Peñalver, desarmonía no sólo de la calle con el resto de la ciudad, sino, lo que tal vez es más grave, de unos edificios con otros. Ello es causa, aunque de momento pudiera parecer lo contrario, de que la arteria madi-

leña produzca principalmente impresión de tremenda monotonía al ser todas sus notas de igual intensidad, monotonía desprovista de grandeza. Y estos comentarios — entiéndase bien — no intentan juzgar del mérito de los edificios aislados, algunos muy discretos, sino únicamente del efecto de su conjunto.



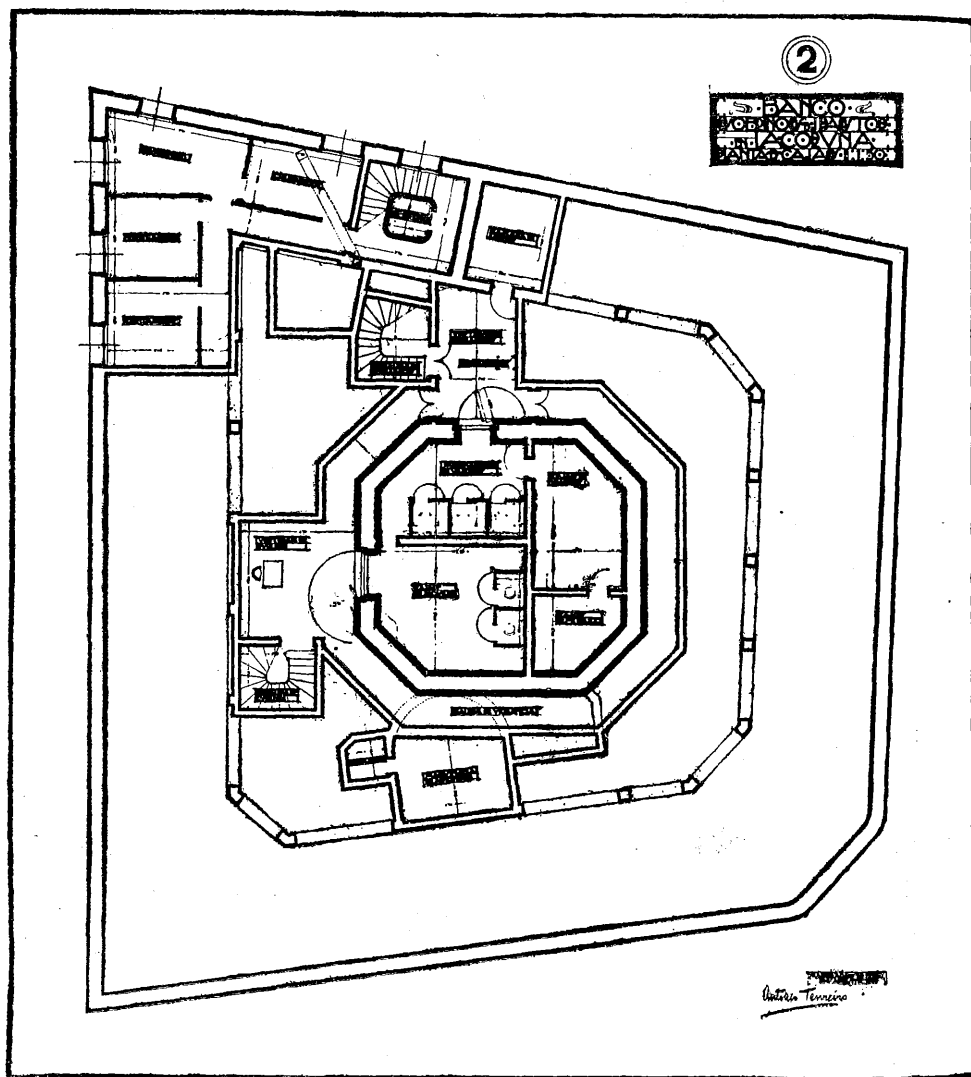
Banco en La Coruña. — Planta de fundaciones.

Arquitectos: Antonio Tenreiro y Peregrín Estellés.

Hace doscientos o trescientos años dos villas españolas ya habían construido viviendas que, para la época, eran audazmente elevadas. Cuenca y Albarracín, en una situación geográfica muy semejante, ocupan posiciones estratégicas enraizadas en lo alto de cerros de abrupta pendiente. En la Edad Media amontonóse en lo alto el pueblo, en posición defensiva, protegido por la cerca; aumentaba luego la población, sin que pudiera extenderse horizontalmente.

ARQUITECTURA

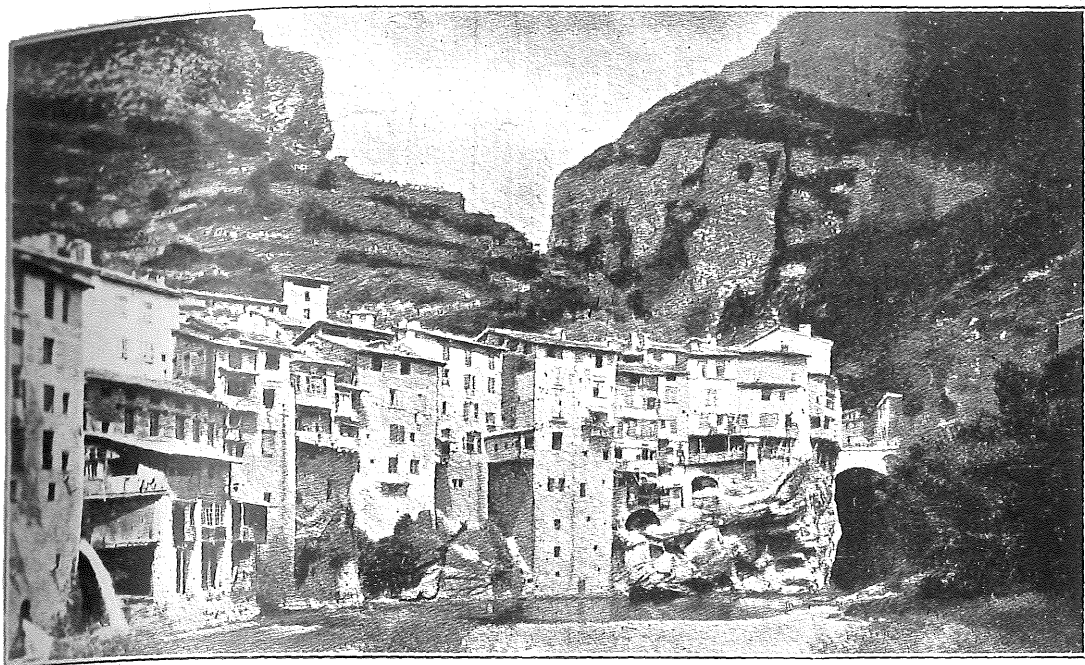
Los cabezos en que están las dos ciudades no son de esos chatos terciarios de Castilla cuya cumbre suele ser una meseta, sino rocosos y pinos, llenos de arrugas, sin parte llana. Un camino, arteria principal, sube serpenteando hasta la cumbre de los cerros, a la acrópolis, emplazamiento de la fortaleza y el templo; a sus orillas



Banco en La Coruña. — Planta de cajas.

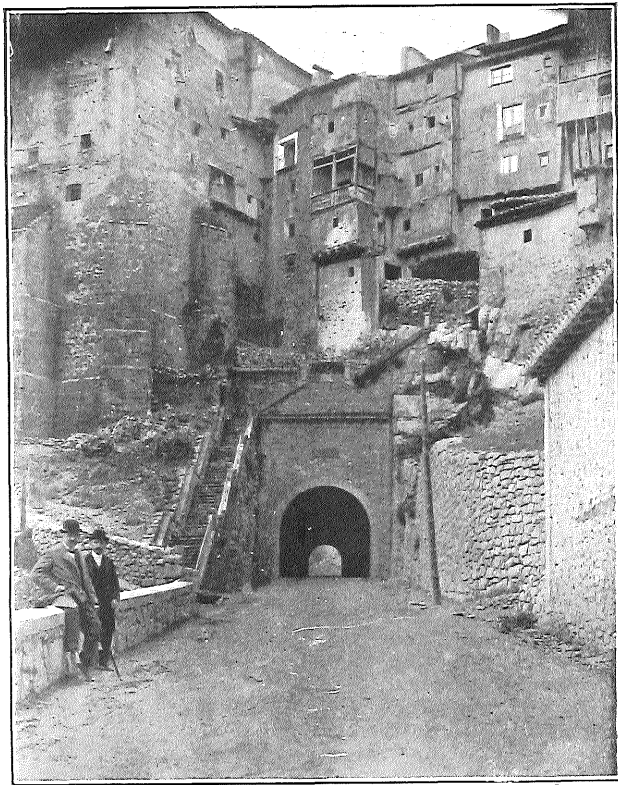
Arquitectos: Antonio Tenreiro y Peregrín Estellés.

constrúyense las viviendas, bordeando el precipicio. Pero en terreno tan abrupto, los pisos inferiores son subterráneos en dirección de la cumbre del cerro y abiertos en sentido opuesto, y las casas, que por un lado parecen construcciones corrientes de tres o cuatro plantas, por el opuesto tienen ocho, nueve o diez. La aglomeración urbana en escaso terreno obligó, pues, a Cuenca y a Albarracín a aumentar verticalmente, apiñándose las casas viejas; análoga causa, aunque sentida con in-

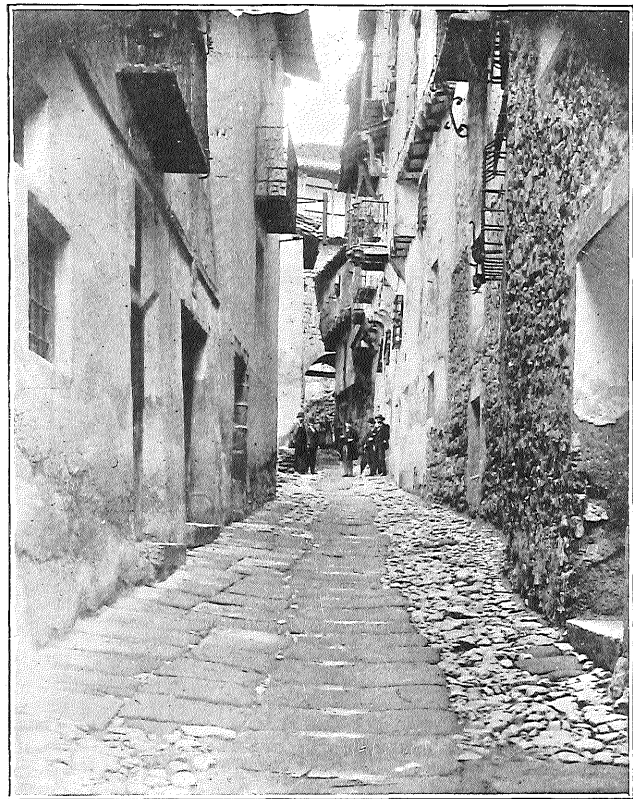


EL PUEBLO FRANCÉS DE PONT-EN-ROYANS.





CASAS EN ALBARRACÍN.

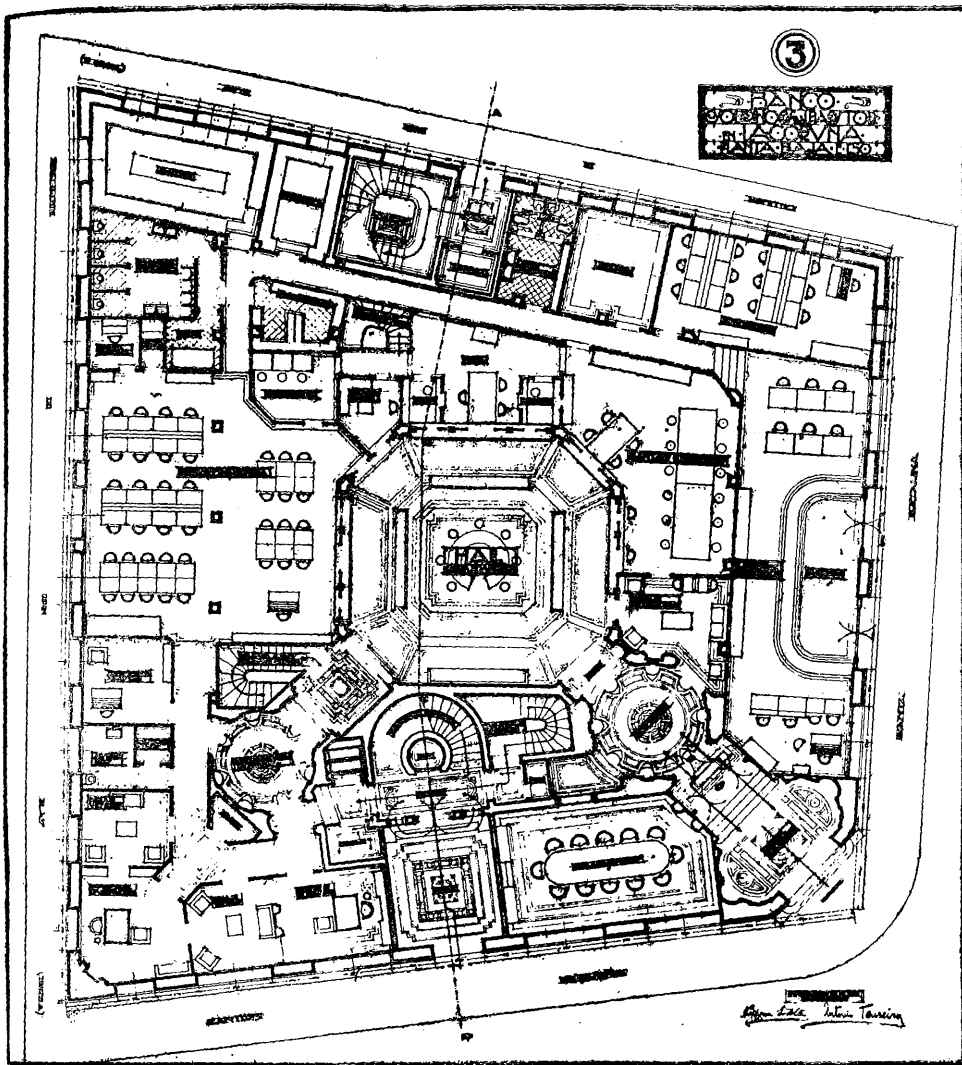


UNA CALLE DE ALBARRACÍN.

Fots. T. Rios.



tensidad incomparablemente mayor, ha producido los rascacielos americanos. Como los árboles y las plantas cuando no se les deja extenderse aumentan de altura, los pueblos que por su situación geográfica no pueden ensancharse, crecen hacia el cielo, en la única dirección posible, multiplicando sus pisos. Con las dos



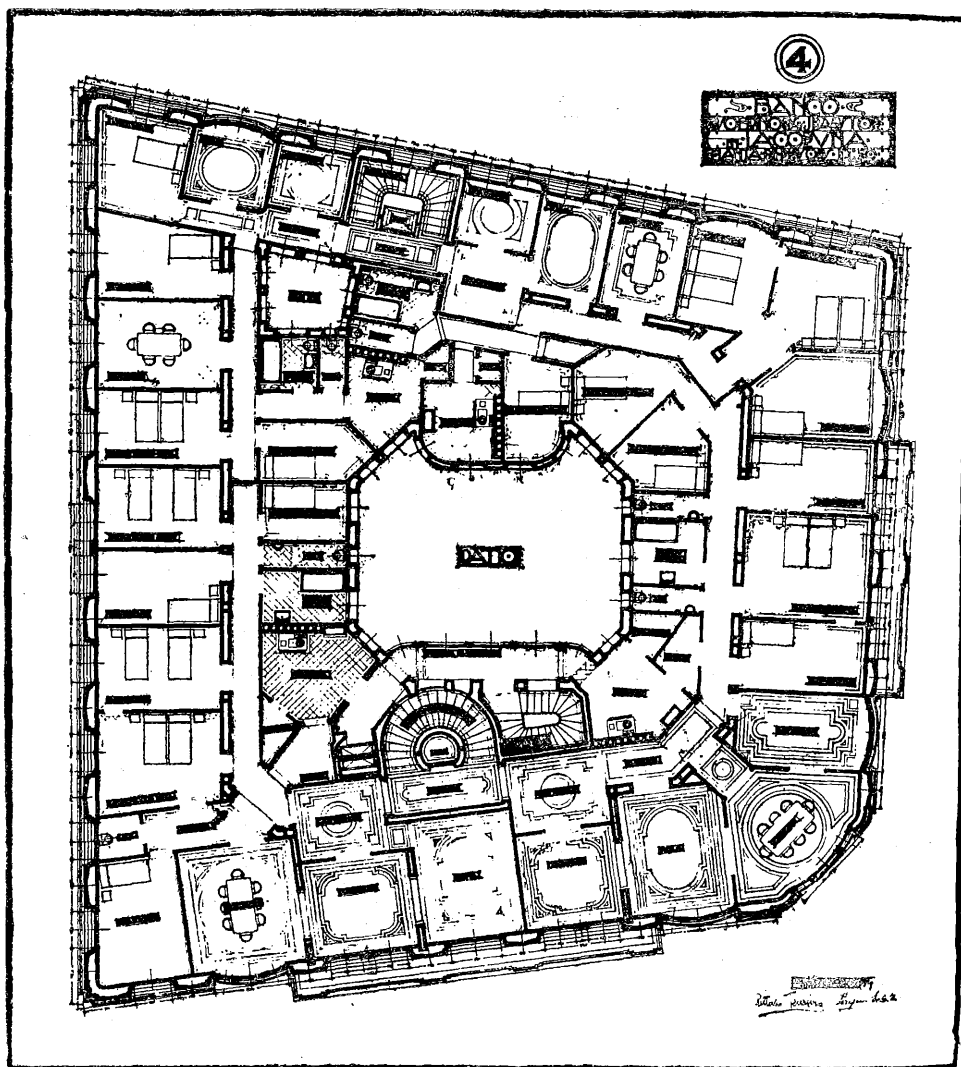
Banco en La Coruña. — Planta baja.

Arquitectos: Antonio Tenreiro y Peregrín Estellés.

ciudades españolas cabe comparar ese pueblo francés de Pont-en-Royans que aparece en la fotografía, situado en una garganta de pendientes abruptas. La carretera va por lo hondo, pegada al río, y las casas tan sólo pueden extenderse por una estrecha faja rocosa, casi vertical, entre ambos. Forzosamente han tenido que apretarse en un reducido espacio, elevándose, y así, una de sus fachadas ábrese al camino mientras la otra cabalga sobre el río. En un pequeño oasis de los Ziban, en

ARQUITECTURA

el sur de Argelia, rodeado de espléndidas palmeras, que, por constituir su riqueza, no conviene cortar, las casas de arcilla se elevan atrevidamente hasta los dos y tres pisos. Análoga elevación de las viviendas, debida a la posición geográfica, dase en Cádiz, cercada por el mar en una reducida península, en Lyon y en Génova (1).



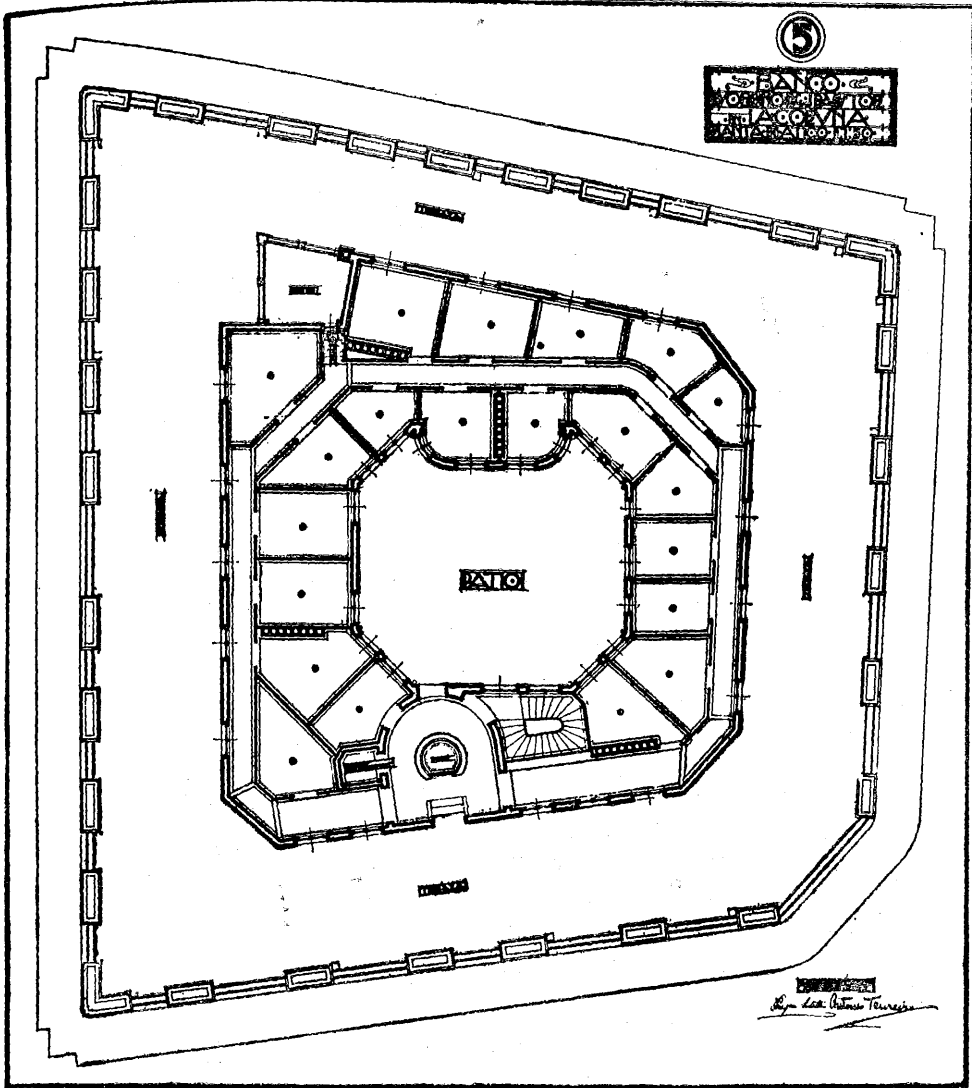
Banco en la Coruña. — Planta de pisos.

Arquitectos: Antonio Tenreiro y Peregrin Estellés.

Es cosa bien sabida que el principio básico de composición de las fachadas de edificios de gran altura, consiste en darles un fuerte y alto basamento — de dos o tres plantas — sobre el que se eleve un cuerpo muy liso comprendiendo casi todos los pisos, rematado por otro que haga de coronación total por sus vuelos y decoración. La receta es relativamente fácil; pero su feliz aplicación no exige nada más

(1) Jean Brunhes, *La Géographie humaine*. Paris 1912.

que finísimo sentido de la proporción y gusto maduro y equilibrado. Nuestra vista, acostumbrada a las arquitecturas clásicas, es mucho más exigente para los edificios que las recuerdan que para aquellos otros que tratan de olvidarlas; carecemos de patrón visual que nos valore la proporción de los últimos.



Banco en La Coruña. — Planta de ático.

Arquitectos: Antonio Tenreiro y Peregrín Estellés.

Los jóvenes autores del proyecto de este Banco que se construye en La Coruña, muéstrannos cómo la afición a las arquitecturas clásicas va propagándose entre las generaciones jóvenes de arquitectos, cultivadores muchos de un neoclasicismo muy lejano del que se practicaba entre nosotros hace cincuenta años, singularmente para los edificios oficiales. El de ahora, más libre y depurado que aquél, con reminiscencias barrocas, francesas y aun germánicas, parece tener por repre-



Banco en La Coruña. — Fachada principal.

Arquitectos: Antonio Tenreiro y Peregrín Estellés.

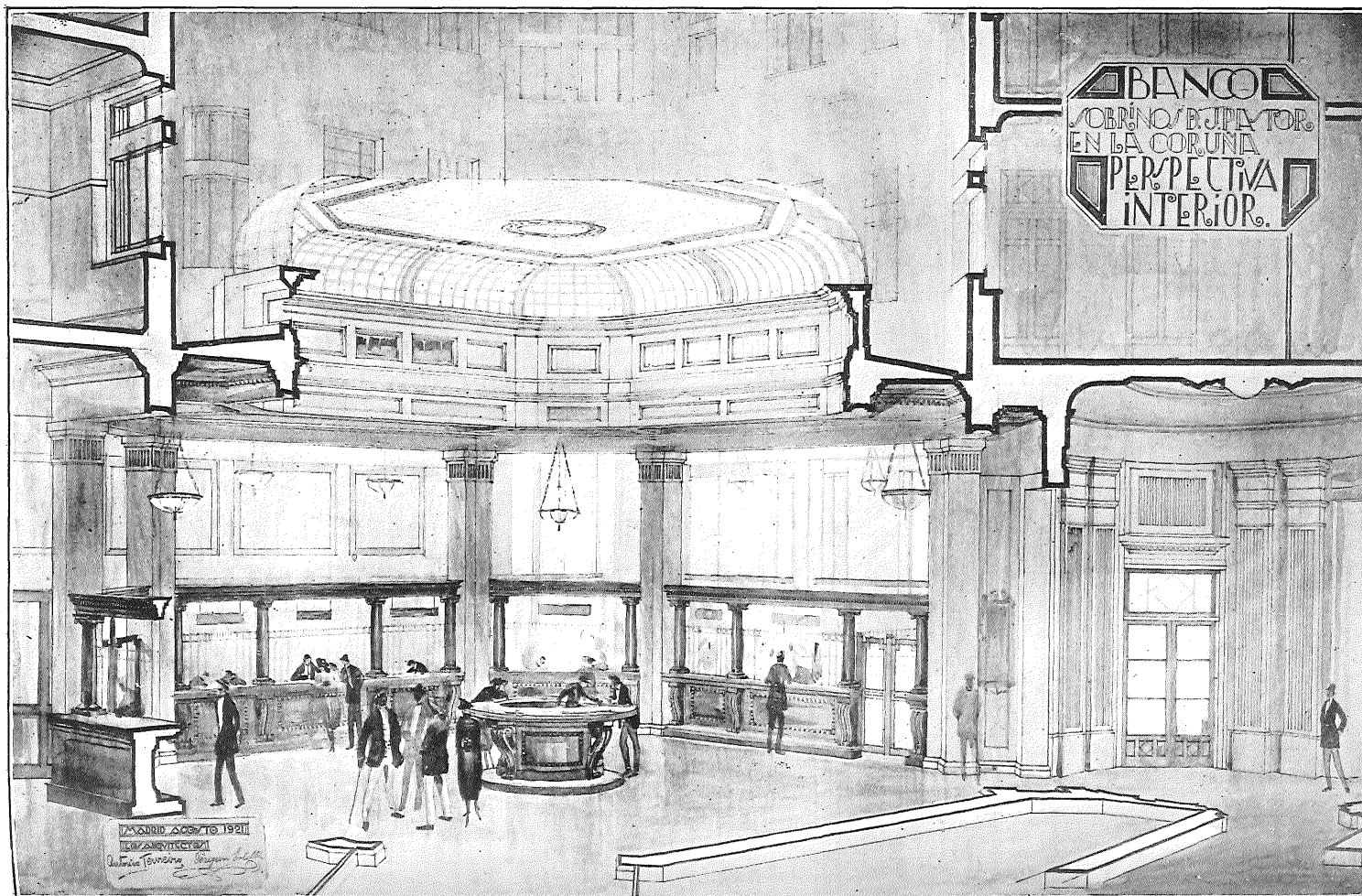


BANCO EN LA CORUÑA. — PERSPECTIVA.

Arquitectos: Antonio Tenreiro y Peregrin Estellés.



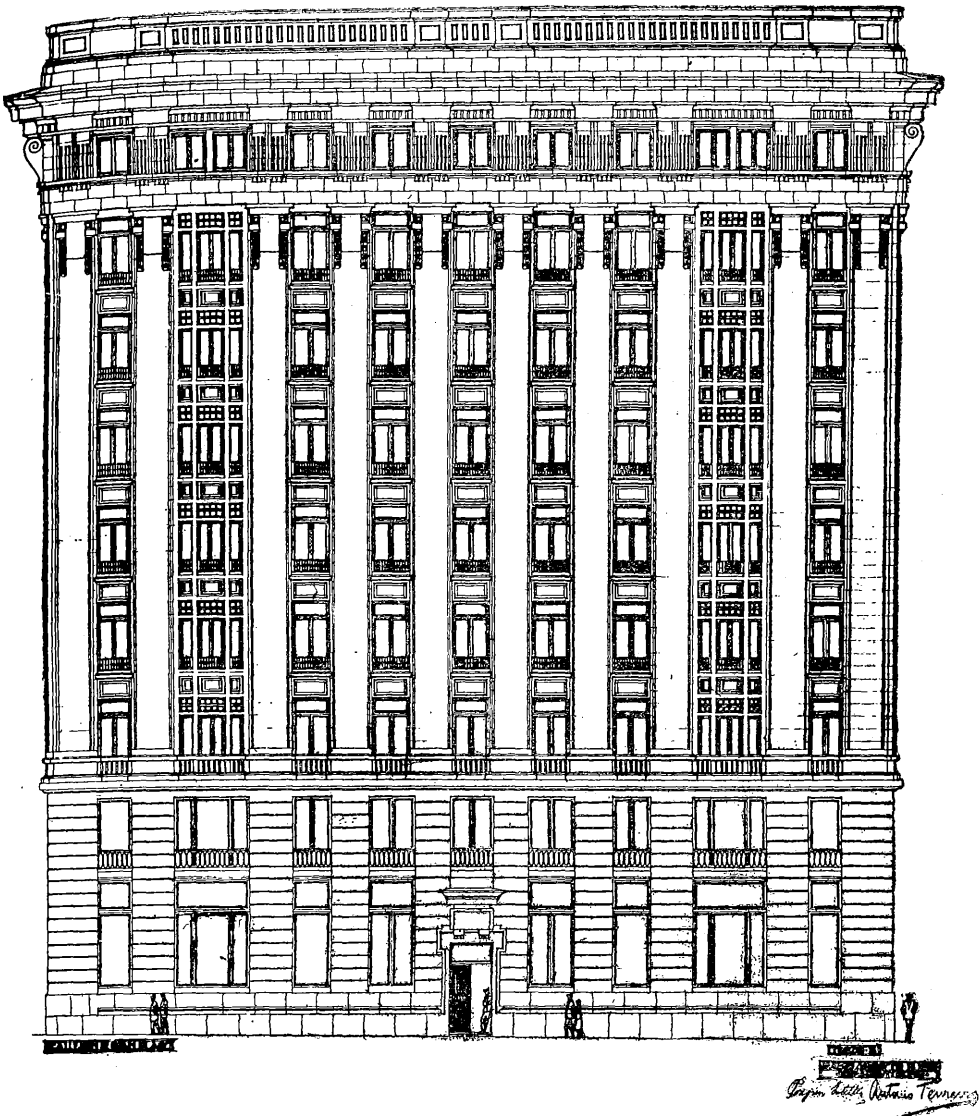
ARQUITECTURA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA



BANCO EN LA CORUÑA. — PERSPECTIVA INTERIOR.

Arquitectos: Antonio Tenreiro y Peregrín Estellés.





Banco en La Coruña. — Fachada lateral.

Arquitectos: Antonio Tenreiro y Peregrín Estellés.

sentante más visible y autorizado a Zuazo Ugalde, quien ha logrado dar sugestivo aspecto moderno a temas arquitectónicos inspirados en épocas pasadas.

Nadie diría que este proyecto de Banco para La Coruña, de aspecto exterior tan reposado, esencialmente equilibrado y maduro, era la obra primera de dos arquitectos recién salidos de la Escuela. Ello es más extraño dada la frecuencia con que alumnos de vida escolar brillante, dotados de condiciones óptimas para la profesión, no logran luego en muchos años de ejercicio de ésta sobrepasar sus recuerdos de aprendizaje, incapaces para recoger la enseñanza que cada día debe traernos alejándonos lentamente del punto de partida.

T.